

UNA VISITA AL CASTILLO DE JAVIER

ANTES DE SU RESTAURACIÓN.

I

Pocos años hace que en compañía de un amigo llegábamos a la histórica ciudad de Sangüesa, de paso para el Monasterio de Leyre. El objeto de nuestro viaje era visitar este renombrado y antiquísimo cenobio; leer entre sus ruinas venerandas algo de su grandioso pasado; y hacer una monografía del en otro tiempo célebre, y hoy olvidado monumento, panteón de nuestros Reyes y refugio de nuestra independencia en los tiempos medios.

Después de descansar una noche en Sangüesa, montamos a caballo y precedidos de nuestros guías, dejamos la carretera y dirigimos a través de solitarios campos hacia la sierra de Leyre, que por encima de áridas colinas mostraba sus azuladas crestas.

Dos horas haría que habíamos emprendido nuestra marcha, cuando divisamos un grupo de campesinos que lentamente caminaban en la misma dirección que nosotros. Componíanlo dos robustos jóvenes, un anciano que se apoyaba con trabajo en nudoso palo; un rapazuelo que llevaba del ramal a un asno; y una mujer en cuyo demacrado rostro se retrataba el sufrimiento y que iba sentada, o, mejor dicho, echada sobre el manso animal.

La cuesta que subíamos era áspera y nuestros caballos daban señales de fatiga; abandonamos, pues, las riendas y nos dedicamos únicamente a la contemplación del paisaje, que, a decir verdad, tenía poco de risueño. En derredor nuestro se elevaban colinas pedregosas, tapizadas de retorcidos arbustos y cortadas por barrancos, cuyo fondo cubierto de gujarros y cantos rodados, indicaba claramente la violencia de los turbiones durante la estación lluviosa; algunos grupos de árboles se elevaban de trecho en trecho, interrumpiendo la monotonía de líneas y colores de aquellas soledades, y no muy distantes se divisaban, como ya se dijo, la sierra de Leyre y las monta-

ñas de Aragón, que separa y limita por ambos lados la canal de Verdún.

Rato hacía que nos entregábamos en silencio a la contemplación de aquella agreste naturaleza cuyo severo y triste aspecto parecía reflejarse en nuestros pensamientos; nuestros caballos se paraban cada vez con más frecuencia para arrancar las yerbas aromosas que pisaban; los guías tarareaban algunas coplas populares y nosotros dejábamos errar distraídas la vista y la fantasía, al arrullo monótono de aquellos cantares, cuando el grupo de labradores que a cierta distancia nos precedía, y estaba entonces en la cresta de la colina, se detuvo, mientras que el anciano alargando su brazo hacia adelante, y descubriéndose, exclamó con voz fuerte: “¡El Castillo!..”. A esta voz se incorporó la enferma, quitáronse todos las boinas e hincaron en tierra sus rodillas (1).

En aquel momento llegamos a su lado y observamos con curiosidad aquella escena cuya significación ignorábamos, pero que sin embargo nos inspiraba respeto. El anciano rezaba en alta voz; su familia le contestaba fervorosa y las miradas de todos se dirigían al mismo punto. Los ojos de la pobre enferma brillaban con la luz de la esperanza; y su semblante hasta entonces triste, reflejaba inmenso júbilo.

Descubrímonos nosotros también; escuchamos silenciosos las oraciones de aquellas pobres gentes y unimos nuestras plegarias a las suyas.

Después de concluído el rezo,—“Que San Francisco Javier te sane!..”—dijo el anciano, levantándose y dirigiéndose a la mujer.

—Amén!—exclamó el grupo de campesinos.

—Amén!—repetimos nosotros conmovidos.

Las primeras palabras que oímos al llegar a aquel sitio y las que el viejo acababa de pronunciar, nos dieron la clave del enigma. Efectivamente: a corta distancia se divisaba un vetusto castillo, cuyos muros festonados de almenas, revelaban la morada feudal, al pie de la cual se agrupaban algunas casas de pobrísima apariencia.

Este era el pueblecillo de Javier: el Castillo, la cuna de San Francisco, El Apostol de las Indias y del Japón.

A los pocos momentos, después de bajar una áspera pendiente, llegábamos al pueblo y atravesando, por entre dos hileras de mise-

(1) Es costumbre inveterada en el país que cuantos individual o colectivamente, marchan con fines piadosos a Javier, al llegar a la altura desde donde se divisa el Castillo, cuna del Santo Apostol, se descubran, arrodillen y recen una oración.

rables casas, una mal llamada calle, cubierta de guijarros y maleza, nos apeábamos a la puerta del Castillo.

II

Pocas figuras aparecen en los anales de la humanidad, tan grandes como la de Francisco de Jaso y Azpilcueta; tipo y modelo de esos admirables misioneros que siguiendo sus huellas, impulsados por la caridad de Jesucristo, marchan alegres a los últimos confines del globo y mueren sonriendo, abandonados en medio de inexploradas soledades, felices al dar su vida por rescatar almas perdidas y encaminarlas al cielo; la historia del santo navarro muestra hasta qué grado de perfección puede elevarse el hombre cuando hace el sacrificio de su voluntad y de su existencia, en aras del amor de Dios y del prójimo.

En aquella época triste y azarosa que presencié el fin de la gloriosa y antiquísima monarquía navarra, no derrocada en buena lid, sino por medio de las malas artes de la intriga, del *furto* y de la *maña*: cuando aquellos nobles guerreros como D. Juan de Sarasa, D. Carlos de Mauleón, el capitán San Martín y otros muchos, morían en los campos de Noain abrazados a la gloriosa enseña de la patria Navarra, el ilustre Señor de Javier, padre de San Francisco, defendía también a ésta con noble ardimiento; y cortesano fiel de la desgracia, emigraba a suelo extraño acompañando a los Reyes legítimos; más tarde era hecho prisionero entre los heroicos defensores de Maya, y desde la fortaleza de Pamplona lograba escapar a Francia. Terminada aquella triste y desigual contienda, fué indultado con otros leales caballeros y volvió a habitar el castillo que nos ocupa, donde en 1506 había visto la luz primera el Apostol navarro.

Algunos años después, casi en los momentos mismos en que Hernán Cortes realizaba sus homéricas hazañas, apoderándose con un puñado de soldados españoles del inmenso imperio mejicano y hacía flotar el estandarte de Castilla sobre arroyos de sangre, otro conquistador sublime, Francisco de Jaso y Azpilcueta, sin más armas que una Cruz de palo y el Evangelio en el corazón, atraviesa aquel *mar grande* de que habla el Profeta, lánzase solo a regiones desconocidas; convierte cincuenta y dos reinos; bautiza por sí mismo un millón de idólatras; enarbola la enseña de Jesús en una extensión de más de tres mil leguas; devuelve a aquellas regiones la perturbada paz; renueva el milagro del donde lenguas; calma las tempestades; sana enfermos; resucita muertos; da conciencia de su dignidad de hombres a aquellos seres envilecidos,—que en su admiración y al

presenciar tan grandes maravillas, designan al Santo con el gráfico nombre de *Dios de la naturaleza* —y combate y vence y avasalla, sin que después de su victoria haya que enjugar otras lágrimas que las causadas por el reconocimiento.

Al recordar tanto heroísmo, se comprende que hasta la implacable crítica de los impíos se haya visto desarmada; que ni una voz tan solo haya osado empañar el nombre del Apostol navarro, y que los protestantes mismos le ensalzaran admirados, cuando dirigiéndose a Francisco de Jaso, repitieron por boca de Baldeus,—uno de sus más famosos escritores—aquella célebre frase aplicada ya por Bacon a la Compañía de Jesús: “¡Pluguiera a Dios que siendo lo que sois, hubierais sido de los nuestros!..”

La relación de sus empresas portentosas es testimonio elocuente y apenas comprensible en nuestros menguados tiempos, de las virtudes que atesoraba su espíritu generoso; mas para formarse idea exacta de la inteligencia y el corazón de Francisco de Jaso, es preciso leer sus admirables cartas, conmovedoras en su sencillez y apenas conocidas hoy, en las cuales se refleja su alma santa, documentos que encierran máximas prudentísimas y sabios consejos que nuestros hombres de Estado debieran tener presentes para la conservación de las apartadas colonias españolas... (1).

Pero hagamos punto, que nuestro objeto no es escribir una biografía del Apostol de las Indias, y limitémonos a describir el vetusto castillo que le sirvió de cuna; monumento que debiéramos contemplar con singular veneración y orgullo; y que por efecto de esa punible indiferencia con la que miramos nuestras glorias, yace casi olvidado y desconocido aun de gran parte de los navarros (2).

III

Es el Castillo de Javier un vasto edificio, desfigurado en extremo y privado de carácter por efecto de las modificaciones y arreglos que sin obedecer a plan alguno se han efectuado en diversas épocas. Sus torreones están mutilados; donde antes se destacaba la elegante y severa silueta de las almenas, se ven hoy prosáicos tejados y bue-

(1) No se pierda de vista que este relato se escribió hacia el año 1878, diez y ocho antes de comenzarse la restauración o reconstrucción del venerando Castillo de Javier.

(2) Esta afirmación, exacta en 1878, no lo es hoy, por las comodidades con que desde Pamplona puede hacerse la visita a la artística e histórica morada nativa del insigne Jesuita.

na parte de sus antiguos muros queda oculta tras de los graneros y otras dependencias que han convertido la histórica morada en una vulgar casa de labranza.

La impresión, pues, que su aspecto nos produjo, fué poco agradable; nosotros esperábamos hallar el edificio más o menos deteriorado por el trascurso de los siglos, pero en la misma forma que ostentara en tiempos de San Francisco, creíamos que la veneración con que siempre debe mirarse la cuna de un Santo, o de un grande hombre, habría hecho que se respetase hasta la hiedra que tapizara aquellos muros y que se considerarían casi como reliquias las piedras que habían sido testigos de la niñez de Francisco de Jaso, pero desgraciadamente las guerras de que fué teatro nuestro suelo, dejaron tal vez su huella en aquel monumento y el descuido o la ignorancia han debido contribuir a desfigurarle con mengua de sus gloriosos recuerdos.

A pesar de todo; aun se descubre fácilmente entre las modernas construcciones, el castillo de los tiempos medios, como vemos retratarse en algunos ancianos a través de los trajes modernos que contrastan con sus cabellos blancos, las costumbres, el espíritu y los vestigios de una generación que ya pasó.

El castillo de *Javier, Ssavier o Isavier*, existía ya a principios del siglo XIII. En esta época D. Sancho el Fuerte lo recibía, con la villa de su nombre, en prenda de 9.000 sanchetes que había prestado y adquiriría su propiedad. Pocos años después, Teobaldo I, el Rey poeta, lo donaba a la casa de Sada, pasando más tarde el señorío a la familia de Azpilcueta y después a la de Jaso.

De importancia debió ser durante la Edad Media este castillo (probablemente a consecuencia de ser fronterizo con Aragón), pues vemos que los Reyes navarros, procuraron tener adictos a sus señores. En 1281, Javier Gil Martínez, hijo de Aznar, de Sada, hizo homenaje por sí y por sus sucesores, a la Reina Doña Juana y los suyos, de hacer guerra y paz con el castillo y villa de Javier, siempre que se necesitase, por 800 sueldos sanchetes que el Rey debería darle anualmente. En 1303, Aznar Martínez de Sada repite el mismo homenaje a cambio también de 800 sueldos sanchetes anuales por mesnadería, sin lo cual cesaría aquél. Más tarde, D. Rodrigo Aznariz, se obliga en 1329 a servir a los Reyes D. Felipe y Doña Juana, por 40 libras tornesas de mesnada al año; y en 1376, Rodrigo Aznariz, de Sada, repite el mismo homenaje por dos mesnadas de a 20 libras de carlines prietos, que le satisfizo D. Carlos II, quedando aquél obligado a presentarse *con caballo y armas según a mesnadero correspondía*.

Aun cuando no tuviéramos estos datos, el simple examen del vestu-
tusto castillo nos convencería de la importancia que en otro tiempo
tuvo.

Su planta general presenta la forma de una media luna, no fal-
tando quien haya querido relacionar esto con el escudo de armas
que se ve sobre la puerta principal y algunas otras interiores, el
cual consiste en un *creciente invertido jaquelado, sobre una faja
jaquelada también*. El mismo escudo se encuentra en la parte su-
perior de las ventanas y en algunas curiosas rejas de hierro forjado,
que parecen datar de los siglos XIII y XIV.

En el costado izquierdo del castillo se eleva una robusta torre
que coronan restos de pesados matacanes, de los cuales se ven tam-
bién vestigios en la parte superior de la fachada y en el interior del
edificio. La parte posterior de éste se encuentra cercada por un mu-
ro almenado y con saeteras, y su forma poligonal forma la convexi-
dad de la media luna que, como hemos dicho, presenta el conjunto
del castillo.

Hállase éste incrustado en una roca que forma una pequeña coli-
na, en cuya parte Norte, o sea donde se alza el muro almenado,
presenta un pendiente e talud, siendo por este lado el castillo de difícil
acceso.

Penétrase en su interior por una severa puerta de forma ojival y
hállase a continuación un vasto patio de forma irregular, en uno de
cuyos costados se ve un pozo, objeto de singular veneración por par-
te de muchos de los peregrinos que allí acuden.

En uno de los lados del patio se encuentra la espaciosa y bien
cuidada iglesia del Castillo, sobre cuya puerta se leen los siguientes
versos, que aun no siendo modelos en su clase, no queremos dejar de
copiar tal como allí se ven escritos:

«Detén tu paso, y reflexiona tanto,
Antes de penetrar estos umbrales,
Que vas a visitar un aposento
Que merece respetos celestiales.
En él nació Javier; aquel portento
Que en las Indias y playas Orientales
Con un, celo ferviente y nunca visto
Granjeó medio mundo a Jesu-Cristo.

»Sin ejércitos, armas ni cañones;
Con la cruz en la mano y sus virtudes,
A belicosas bárbaras naciones
Les cambió sus feroces habitudes,
Transformando en Cristianas las regiones

Y al diablo aniquilando esclavitudes.
Metamorfosis bella, que a tal hombre
Luego en el mundo dió divino nombre.

»En amor de Jesús su pecho ardía;
Y este fuego sagrado que abrigaba,
A correr todo el mundo le impelía
Y a incendiarle con él se preparaba.
Mas, Isla de Sancian, tu viste el día
En que su alma gozó lo que anhelaba!
Dejando a los mortales un ejemplo
Digno de eterno bronce, fama y templo.»

La iglesia es relativamente moderna y encierra pinturas de mediana ejecución; también se guarda en ella, si la memoria no nos es infiel, alguna reliquia notable de San Francisco.

En lo restante de la planta baja del castillo no hay cosa que merezca especial mención, si se exceptúan alguna lóbrega poterna y varias puertas de hierro.

Una de las cosas más interesantes que encierra este edificio, tal vez lo más notable, es un pequeño oratorio situado en un torreón cilíndrico, cuyo interior recibe escasa luz por una angosta saetera convertida hoy en ventana. A este oscuro oratorio solía retirarse Francisco de Jaso a hacer oración cuando era niño, y en su altar encristalado se conserva el crucifijo que, según piadosa tradición, sudaba sangre todos los viernes durante el último año de la vida del Santo.

Prescindiendo del respetuoso interés que este crucifijo despierta por sus recuerdos, es notable también bajo el punto de vista arqueológico, pues ostenta esa forma hierática y convencional usada en los siglos medios, pero representa ya el estilo de transición y deja sentir el arte del Renacimiento.

No es fácil expresar la curiosidad, la emoción, el respeto de que se siente el alma poseída al recorrer aquella veneranda morada donde las piedras mismas parecen hablar del varón heróico que vió en ella la luz primera; donde hasta el aire parece saturado, si así puede decirse, de los recuerdos de sus portentosas empresas.

En aquel patio jugaba cuando niño; bajo aquellos techos recibí las principales impresiones su ardiente corazón y resonó aquella voz que un día había de conmover al extremo Oriente; cerca de aquel hogar se sentaba a escuchar, admirado, las crónicas antiguas de Navarra que su padre escribía (1); desde aquellos cuarteados torreones

(1) Don Juan de Jaso, padre de San Francisco Javier, escribió unas crónicas antiguas de Navarra que aun se conservan inéditas.

contemplaba, en la sombría sierra, el célebre monasterio de San Salvador de Leire, entonces floreciente y poderoso, hoy casi convertido en escombros, víctima del vandalismo revolucionario y de la ignorancia, que no sólo destruyeron estúpidamente una inestimable, joya religiosa, histórica y artística, sino que dejaron rodar por el suelo las sagradas osamentas de nuestros antiguos Reyes navarros!

Pero aparte del mundo de impresiones y recuerdos que aquel sombrío monumento hace surgir del alma, nótase en él la falta de objetos pertenecientes al Santo o a su familia; objetos que el piadoso viajero busca en vano y que de conservarse allí, tanto acrecentarían el interés y el respeto que justamente despierta el histórico castillo. El único realmente notable es la pila donde fué bautizado San Francisco, la cual se ve en la pobre parroquia del pueblo. Parece que antes de la guerra de la Independencia, estaba forrada o recubierta toda ella de plata labrada; pero, según se nos dijo, las huestes de Napoleón I entraron en la aldea a viva fuerza y arrancaron sacrilegas el precioso metal dejando la tosca pila de piedra en la forma que hoy tiene, y que en nuestro concepto es la primitiva.

Los ilustres poseedores del castillo, descendientes de la familia de San Francisco, tienen encomendada la custodia del precioso monumento a un Capellán, que cuida especialmente del culto de la iglesia y el oratorio ya descrito.

El pueblecillo de Javier es visitado por muchos peregrinos, especialmente en la fiesta del Santo, siendo notable el número de los que acuden de Francia y Aragón, a muchos de los cuales se alberga generosamente en el castillo.

IV

Después de pasar allí tres días continuamos nuestro viaje, separándonos con pena de los que tan franca y afectuosa hospitalidad nos habían concedido. Al llegar a la cima de un collado, nuestros guías nos hicieron notar unas piedras tapizadas de musgo, a las que en el país distinguen con el nombre de "*Peñas del Adios*..

Detuvimos y contemplamos largo rato en silencio aquellas descarnadas rocas y la humilde aldehuela que acabábamos de abandonar y desde allí se dominaba por completo; el nombre con que se distingue a aquél lugar solitario, encierra todo un poema de sentimiento y de grandeza. Al dirigirse San Francisco Javier desde Roma a Lisboa, donde iba a embarcarse para las Indias, pasó por las cercanías de su pueblo y quiso verlo por última vez: llegó al sitio donde nosotros nos encontrábamos, y contempló la tranquila aldea en que ha-

bía pasado su infancia y el castillo donde había nacido; en él se habían deslizado sus días más felices; allí estaban los compañeros de sus juegos inocentes; en aquella opulenta casa vivía pensando en él su cariñosa madre, a la que tanto tiempo hacía, no había visso; en pocos minutos podía estar a su lado, entre sus amorosos brazos; sus compañeros le instaban a que fuese a despedirse de ella; pero todo fué en vano; comprendió cuan dolorosa había de ser para la pobre anciana y para él la separación después de volverse a ver; pensó en la vida de sacrificios que iba a emprender; y quiso empezar por éste, el más grande, el más penoso, quizás de cuantos hizo. Contempló largo rato con los ojos preñados de lágrimas su aldea, oró y marchóse..... para no volver jamás!

Todavía se conserva vivo en las lejanas tierras a donde San Francisco Javier llevó la civilización cristiana, el recuerdo de su abnegación y sus heróicas virtudes, siendo tal la veneración que inspira su memoria, que, según nos decía un distinguido marino Inglés, los sencillos naturales del Japón que profesan la religión cristiana, no comprenden cómo hay un español que no haya visitado la cuna del insigne y santo apóstol.

JUAN ITURRALDE Y SUÍ.